





Noa & Max

y la caracola mágica

Texto: Anna Manso

Ilustraciones: Ana Oncina

Noa y Max van de excursión con el colegio. Pasarán tres días en un albergue de la costa, estudiando el mar, practicando deporte y disfrutando de la playa.

Los niños preparan sus mochilas con la ayuda de sus padres, Rosa y Toni.

—Max, estás muy callado. ¿Qué te pasa? —le pregunta Noa.

—Es la primera vez que duermo fuera, en una casa que no es la nuestra ni la de los abuelos —murmura el niño, preocupado.

A Rosa se le ocurre una idea.

—Creo que puedo ayudarte. Llévate mi colgante, es mágico.

El colgante es una caracola de color rosado que Rosa trajo de un viaje a la Patagonia, en Argentina. Rosa acerca la caracola al oído de Max.

—Escucha... Aunque no es una caracola grande, se puede oír el mar. Ya verás como te ayudará a dormir.

Por su parte, Toni le cuenta a Noa que hoy ha hablado con Mila, la cocinera del colegio. El albergue ya está informado de que Noa es celíaca y necesita una dieta distinta. Al parecer no será la única; también hay otros niños, como Hassan, del mismo curso que Noa, que necesitan menús especiales.

Cuando han colocado todo en las mochilas, se van a la cama. ¡Mañana es el gran día!

Si notas que algún alimento no te sienta bien, avisa a tus padres y profesores.





Cuando los niños llegan al albergue, descubren que es muy grande y bonito. Tiene muchas habitaciones con literas y un amplio comedor. También hay un gran patio desde donde se ve el mar y, a lo lejos, un torreón en lo alto de una colina.

Esa misma mañana, cada curso asiste a un taller. La clase de Noa estudia la influencia de la Luna en las mareas. A Noa las explicaciones le parecen muy interesantes.

Al mediodía, en el comedor, los monitores organizan las mesas.

—Noa, Hassan, vosotros tenéis vuestra comida en estas bandejas —les indica un monitor.

Los dos niños han de seguir una dieta adaptada. Noa le cuenta a Hassan que tiene intolerancia al gluten, y Hassan le dice que su dieta es especial por sus creencias religiosas.

Por la tarde, los alumnos disponen de un rato de tiempo libre. Noa no tarda mucho en organizar un partido de fútbol y le propone a Hassan que se una a su equipo. Este acepta encantado. Hassan hace una actividad extraescolar de ajedrez, pero también le gusta jugar al fútbol.

Si tienes intolerancia o alergia a algún alimento, no debes compartir tus platos ni tus cubiertos.

Cuando termina el partido, Noa busca a Max. Lo encuentra con Rosco, un perro que vive en el albergue.

—Es igual de simpático que nuestra perrita Kika —dice Max, mientras acaricia al animal —Parece muy listo.

Después de cenar, los profesores han organizado «la noche de los cuentos». Los niños que lo deseen pueden contar su cuento preferido e incluso representarlo ante los demás.

Noa elige un cuento que le contaba su padre cuando era pequeña. Luego es el turno de Hassan. Su cuento favorito relata las aventuras de Simbad el marino.

Hassan resulta ser un narrador excepcional, y los niños lo escuchan encantados mientras cuenta cómo Simbad se hace marinero y vive mil aventuras, y en sus viajes ve ballenas, gigantes, islas desiertas, aves monstruosas...

—¡Hassan, has contado el cuento superbién! —lo felicita Noa.

—El tuyo también me ha gustado mucho —responde Hassan.

Max se acerca a Noa y Hassan.

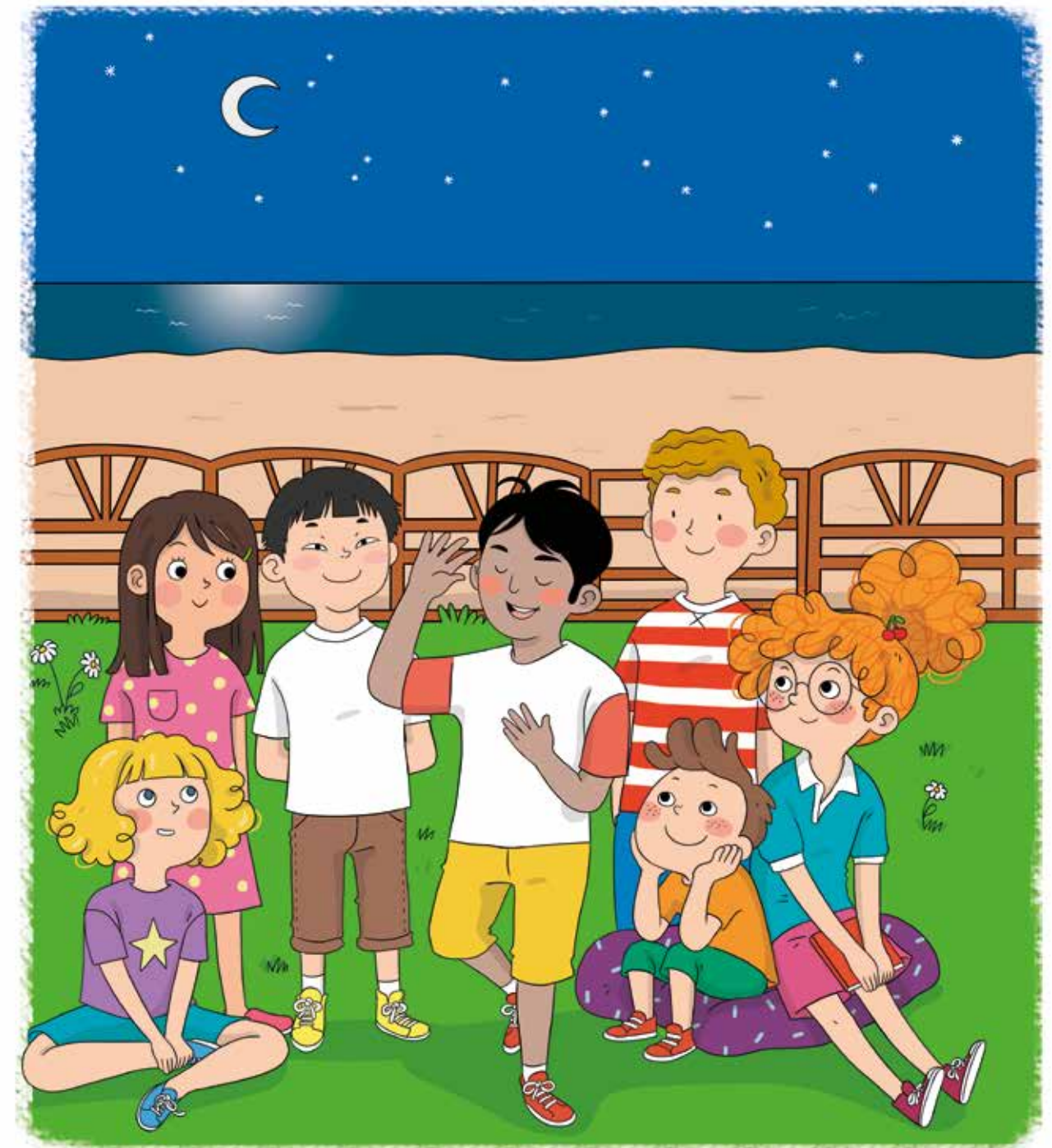
—¡Qué cuento más bonito, Hassan! ¡Hasta salían ballenas, uno de mis animales preferidos!

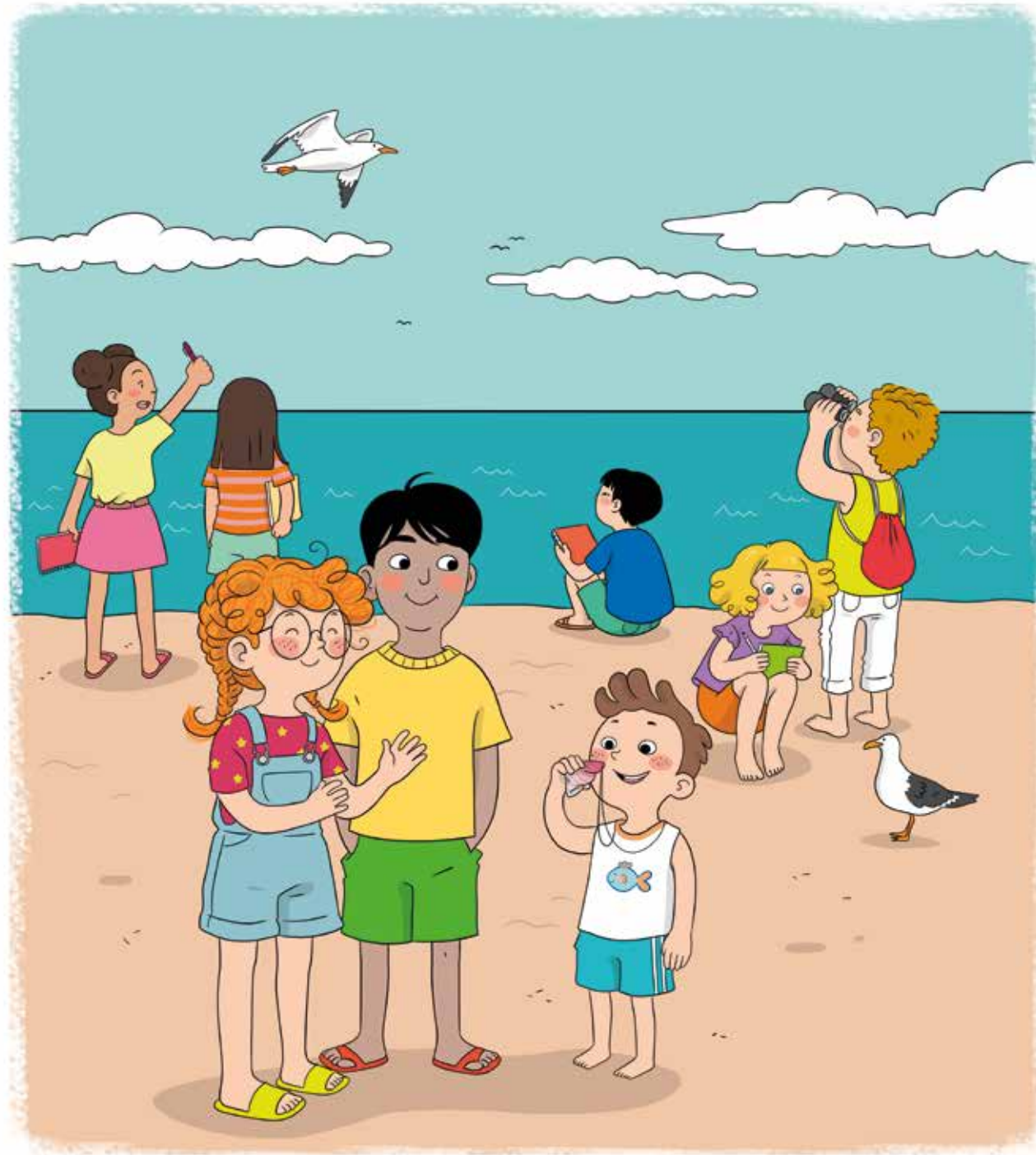
Max quiere enseñarle su caracola a Hassan, para que pueda escuchar el sonido del mar, pero descubre que solo tiene el cordón. El cierre del colgante se ha abierto y la ha perdido.

Max la busca durante un buen rato, pero no aparece.

—No sé si voy a poder dormir... —murmura Max con preocupación.

Noa le da un beso de buenas noches y Max se dirige a su habitación, algo cabizbajo.





A la mañana siguiente, Max llega al comedor para desayunar con cara de sueño. Le ha costado dormir y le dice a su hermana que hoy intentará de nuevo encontrar su caracola.

—A lo mejor la perdiste en el jardín, o puede que en la playa, cuando jugabas con Rosco, el perro del albergue —sugiere Noa.

—Mamá la trajo de muy lejos y es mágica. Me gustaría recuperarla.

Noa promete ayudarlo, pero antes tienen que desayunar. Los cocineros del albergue han preparado un riquísimo desayuno para todos los niños, tanto para los que siguen una dieta especial como para el resto. Además de Noa y Hassan, hay otros alumnos con dietas especiales: algunos no pueden tomar leche, otros tienen alergia al huevo, a los frutos secos, etc.

Cuando termina el desayuno, los niños van a la playa. Hoy es el segundo día en el albergue y tienen previstas actividades relacionadas con la observación de las aves.

Al acabar la actividad, Noa y sus amigos buscan durante un rato la caracola en la arena, pero no la encuentran.

El desayuno
es una de las
comidas más
importantes
del día.

—Ojalá Simbad fuese real. Él buscaba tesoros y encontraría mi caracola —suspira Max.

Noa y Hassan recogen una caracola de la playa y confeccionan un nuevo colgante para Max.

—No es mágica, como la de mamá, pero es muy bonita. ¡Muchas gracias! —dice Max, sonriendo.

Después de comer, Noa observa a su hermano, que está en el taller con sus compañeros de clase. Los monitores les están enseñando a construir cometas que después probarán en la playa. A Noa le parece que Max no está tan alegre como de costumbre. Sabe que a su hermano le gusta el nuevo colgante, pero que le encantaría encontrar su caracola mágica, la que Rosa le dio para que le ayudara a dormir.

Noa comenta el estado de ánimo de Max con Hassan y Sara, una de sus mejores amigas.

Los tres niños deciden que tienen que buscar algo para distraerlo. Se les ocurre que, más tarde, cuando acaben los talleres, pueden ir paseando hasta el torreón con Max y explorar como lo haría Simbad el marino.

Hassan, a quien le encantan las historias, ha escuchado a los monitores contar que hace muchos años había un vigía en el torreón que se encargaba de observar el mar y avisar si los piratas se acercaban a la costa. Cuando consideraba que había peligro, daba la señal de alerta para que los habitantes del pueblo tuviesen tiempo de huir o esconderse.

—¿Te imaginas que hubiese un tesoro escondido cerca del torreón? —pregunta Noa, emocionada.

—Seguro que Max estará encantado con el paseo —añade Sara.

Si tienes alergia a algún alimento, ¡no te preocupes! Tu dieta puede ser tan sabrosa como la de tus compañeros.



Max está contentísimo. Noa, Hassan y Sara le han dicho que tienen permiso de los maestros para ir a explorar el torreón, al que se llega siguiendo una pequeña senda.

Por el camino, Hassan les cuenta otras historias. De vez en cuando, se detiene e interpreta lo que sucede en los cuentos, como si fuese uno de los personajes. Max se olvida de su caracola y aplaude a Hassan, entusiasmado.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Los cuatro niños se lo pasan tan bien y están tan concentrados en las historias que se despistan y se desvían del sendero. Cuando se dan cuenta, no saben si volver atrás, tomar un desvío a la izquierda o quizás el de la derecha. ¿Cómo van a lograr encontrar el camino de vuelta?

Enseguida oyen unos ladridos.

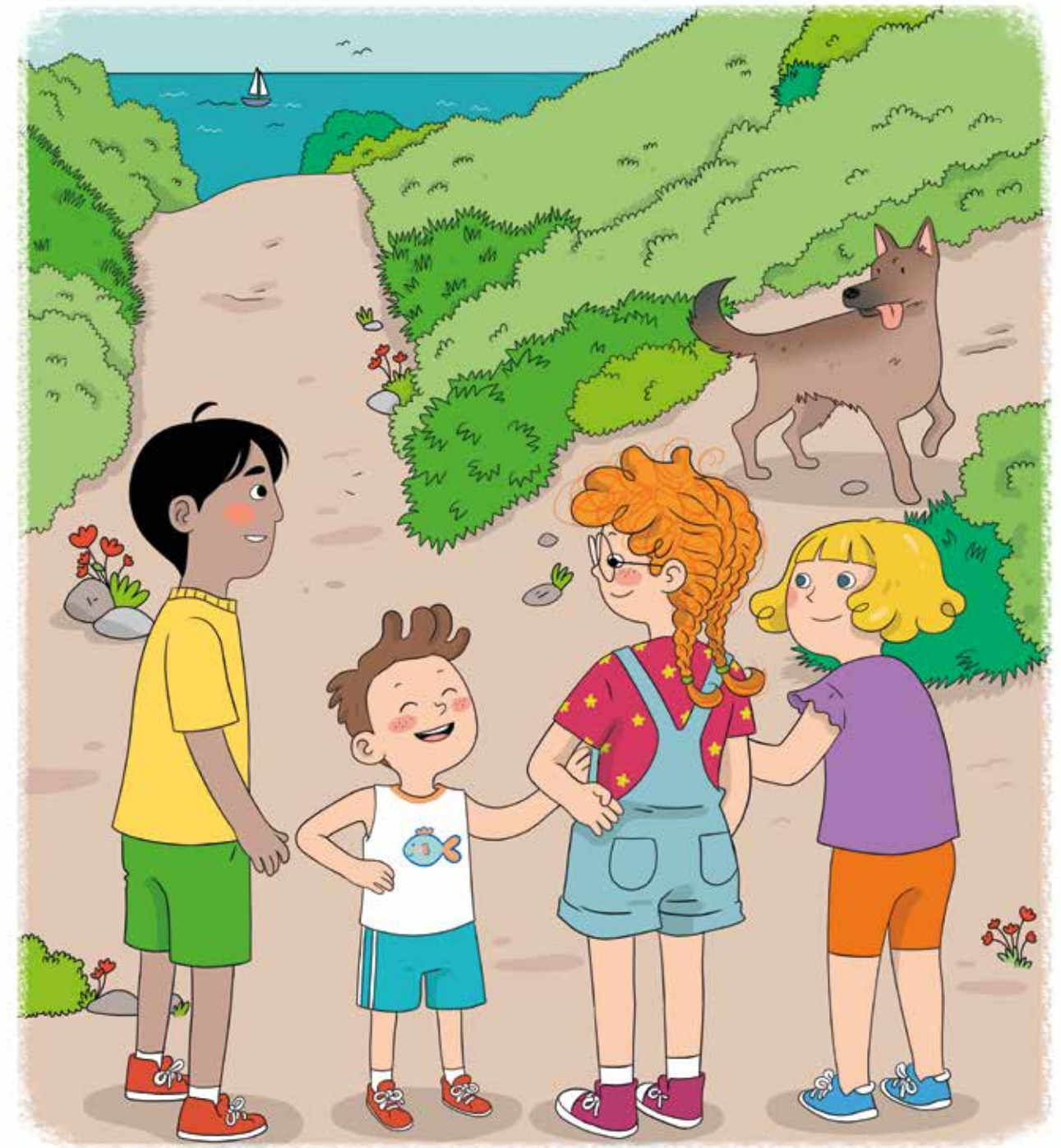
—¡Es Rosco! —grita Max—. ¡Nos ha seguido!

—Los ladridos vienen de allí. Rosco está en el buen camino —afirma Noa, muy segura.

En unos minutos regresan a la senda correcta. Allí los espera Rosco, moviendo la cola.

—Quería acompañarnos y se ha dado cuenta de que nos hemos equivocado de camino —dice Hassan.

—Con él podemos llegar hasta el torreón y volver sin problemas —añade Sara.





Los cuatro amigos suben al torreón y observan el paisaje. Desde allí se ve el albergue, y también la playa, donde sus compañeros del colegio siguen haciendo volar las cometas.

—Volvamos —dice Max—. Rosco nos guiará. Él es el guía de la expedición, ¿verdad, Rosco?

—¡Pero si no hace falta! Estamos muy cerca —observa Noa.

—Y no vamos a despistarnos. Me voy a fijar bien —promete Sara.

En el camino de vuelta, Rosco va delante. Cuando llegan a la playa, Max acaricia al perro.

—Rosco, digan lo que digan, eres un perro muy listo.

En su segunda y última noche en el albergue, los profesores y los monitores proponen a los alumnos observar las estrellas. Salen todos al patio. Hace una noche clara y sin luna y, cuando miran al cielo, descubren que está cubierto de estrellas.

—¡Hay muchísimas! ¡En la ciudad no se ven tantas! —exclama Max.

—En la ciudad, la luz de los edificios, los coches y las farolas nos impide verlas —responde Noa.

—Yo sé el nombre de algunas constelaciones —dice Hassan.

El resto de los niños lo miran asombrados. Hassan cada vez les sorprende más.

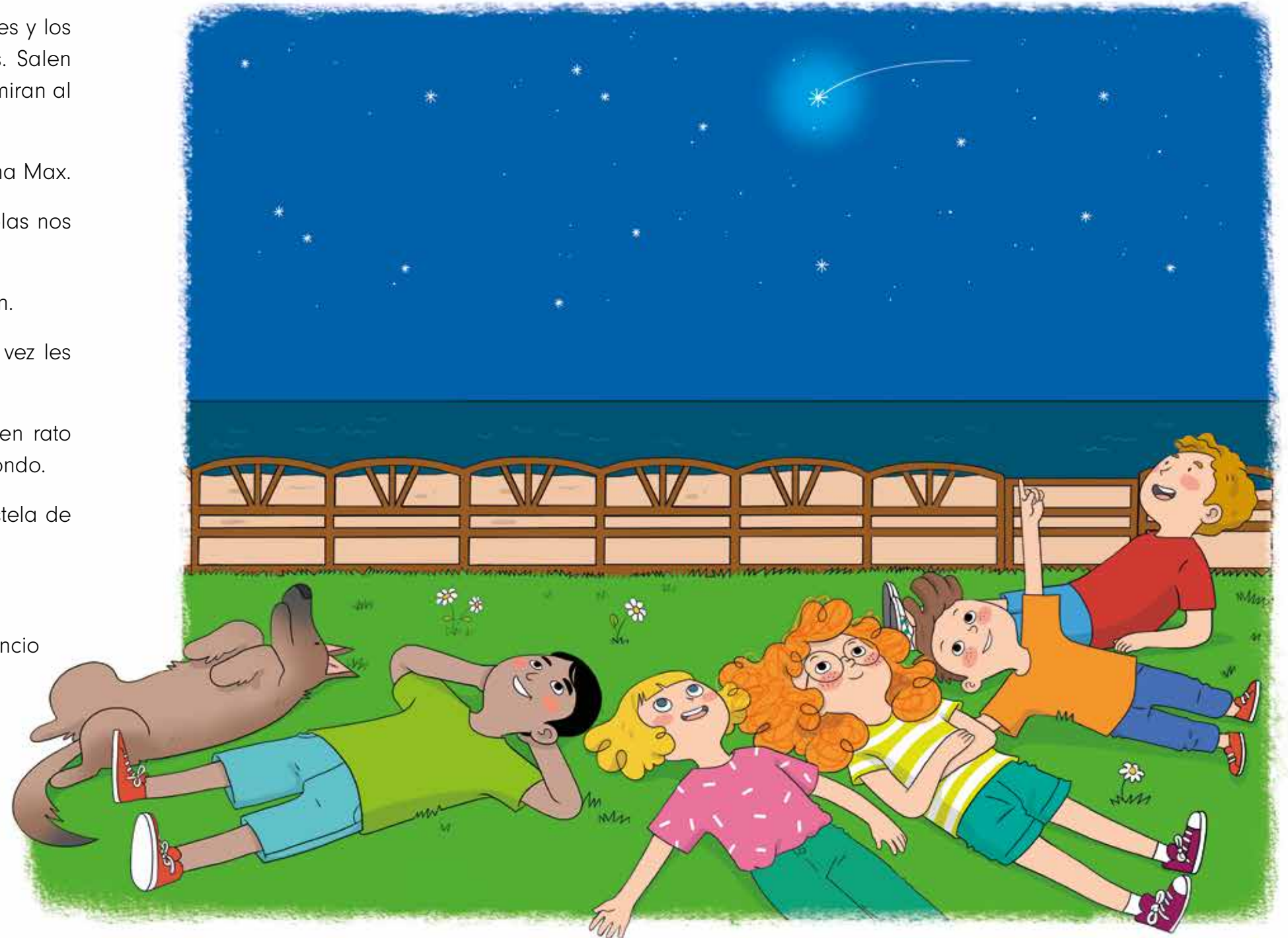
Se tumban en el suelo unos junto a otros y pasan un buen rato observando el cielo estrellado con el sonido del mar de fondo.

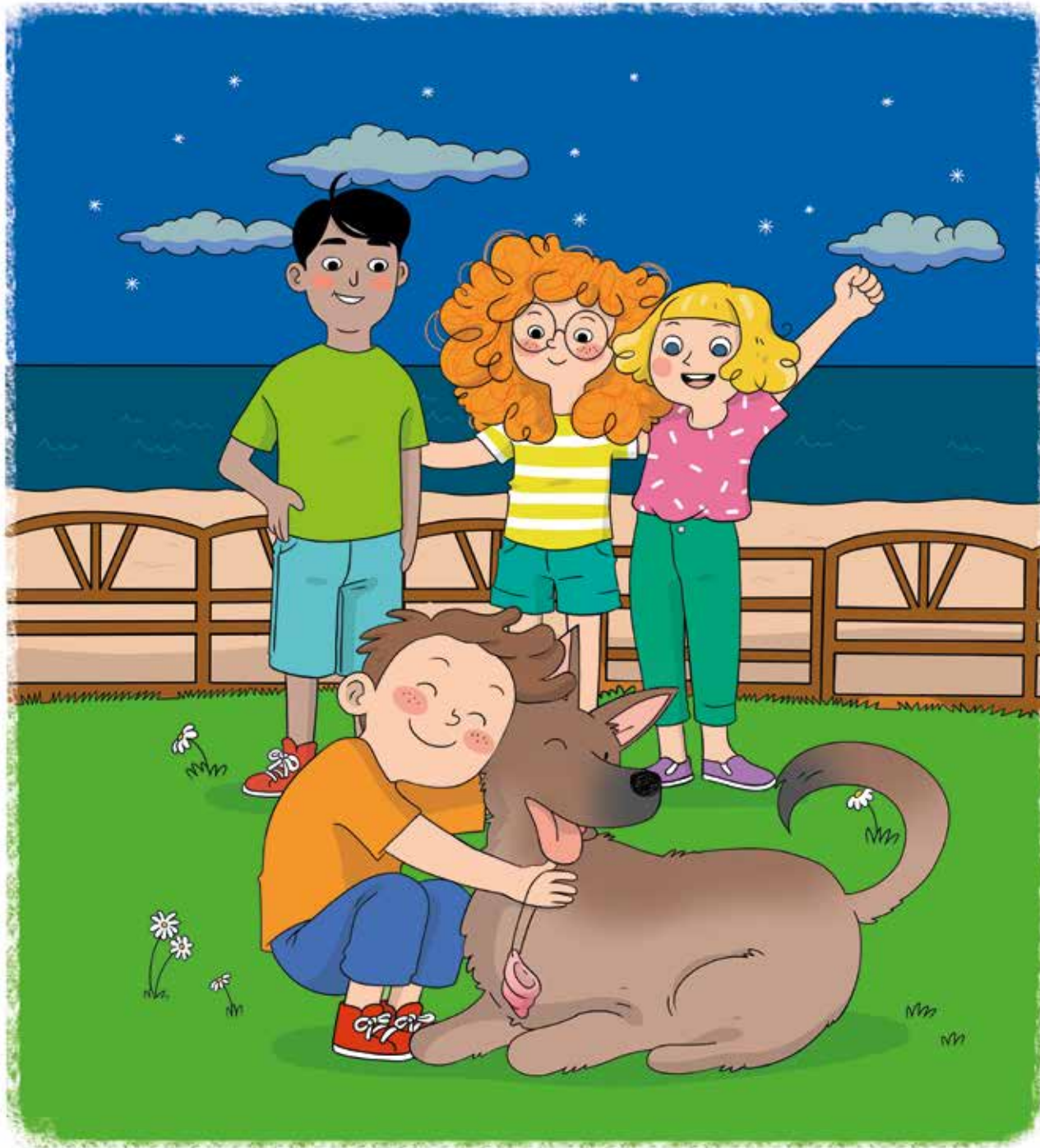
De repente, una estrella fugaz cruza el cielo y deja una estela de luz brillante, como si fuese la estrella de Navidad.

—¡Tenemos que pedir un deseo! —exclama Sara.

Noa, Hassan y Sara piden en silencio que Max encuentre su caracola mágica.

Hay niños que necesitan dietas especiales por sus creencias religiosas o sus costumbres culturales.





Los niños se miran y sonríen.

—Me parece que todos hemos pedido el mismo deseo —dice Noa, guiñando el ojo a sus amigos.

Rosco se les acerca y se tumba junto a Hassan.

De repente, a Noa se le ocurre una idea.

—Rosco ha demostrado ser un perro muy listo. Nos ha ayudado cuando nos hemos alejado del camino durante la excursión al torreón. Creo que ahora puede volver a ayudarnos.

La niña acerca el cordón del colgante al hocico de Rosco para que lo olisque.

—¡Busca, Rosco, busca! —le ordena—. Demuéstranos que eres un perro detective.

Rosco parece seguir un rastro por el patio y después desaparece de su vista durante un buen rato.

Cuando por fin regresa, lo hace con algo en la boca: ¡es la caracola! Los niños gritan entusiasmados.

—¡Se ha cumplido nuestro deseo!

Max abraza a Rosco muy fuerte.

—¡Rosco, eres un perro genial! Sin ti nunca habiésemos encontrado la caracola —reconoce Noa.

—¡Hoy seguro que duermo toda la noche! —dice Max muy contento.



Ya de vuelta, en el colegio, las familias reciben con besos y abrazos a los niños. Noa y Max tienen muchísimas cosas que contar a sus padres. Noa les presenta a Hassan.

—¡Nos hemos hecho muy amigos! —exclama la niña.

—En el albergue había un perro muy listo, y la comida estaba buenísima —añade Max, que también quiere contar sus aventuras.

—Y la mía y la de Hassan también estaban muy ricas —sigue Noa.

—Hemos vivido un montón de aventuras —dice Max—. Mamá, tenías toda la razón, la caracola es mágica... ¡y la excursión también lo ha sido!

